

ESPINAS

III

—Está bien, está bien, padre Vigil. No hablemos más: mi madre no quiere que ese hombre salga de casa, pues saldré yo. Yo; la marquesa de Rengoitia abandonará el palacio de sus mayores porque la marquesa viuda la arroja.

—No digas eso, hija mía. Tu madre no te arroja.

—Es igual: no consiente que salga ese satanás, ese hombre funesto. ¿No le ha dicho usted a mi madre que lo sé todo, que no ignoro de qué muerte ha sucumbido mi padre?

—Sí, pero ella lo niega, dice que la calumnias y se resiste a darte una explicación. Esto no puede continuar. Tu madre en unas habitaciones, tú en otras... ¿No comprendes que, por fieles que sean, los criados han de murmurar?

—Yo no puedo volver al convento, padre Vigil, tendría que dar explicaciones. Tendría que acusar a mi madre... Quiero ver a mi tío, póngale usted un parte en mi nombre llamándole.

—¿Estás loca? ¿A un enemigo de Dios y de tu padre? Si él levántase la cabeza, se volvería a morir de pena.

—No importa; mi tío ha sido bueno, mi padre lo decía. Esta carta que me escribe a mí, no a mi madre, demuestra tener con ella resentimientos. Quizás sabe lo que pasaba en esta casa desde que la ha pisado ese enemigo de nuestra honra. Telegráfíele usted, dígale que lo llamo, que venga, que lo necesito. Sí, estoy sola. También Dios me desampara en estos momentos.

—Pero hija mía, *¡te se meten unas cosas en la cabeza!* ¿A quién se le ocurre pensar tales monstruosidades? Porque ese mediquillo de tres al cuarto, ese doctor Perruche haya querido, por odio de raza, sí, por eso mismo, decir que el marqués murió envenenado, ¿ya le haces más caso que al médico de toda la vida que ha puesto en el parte de defunción «muerte repentina por derrame seroso»? Si nosotros hubiésemos estado aquí, ¿cómo era posible que semejante títere hubiera entrado en casa?

—Padre Vigil, no me convence nadie. Nadie. No me queda ningún consuelo en la tierra.

—La oración, hija mía.

—Sí, la oración. Tengo mucho, mucho por quien rezar. Mi padre murió sin sacramentos, pero mi padre era un santo. Y si mi madre muere lo mismo...

—Se ha confesado esta mañana. Es una buena cristiana, eso sí: dice que en cuanto pasen los tres primeros meses del luto, irá a Roma, quiere que el padre santo le perdone sus faltas y santifique su nueva unión. Porque, hija mía, es necesario que lo sepa... Los he casado esta mañana.

—¡Padre Vigil! ¿Ha sido usted capaz de casar a una mujer viuda de ocho días?

—¿Pero qué querías que hiciese? ¿No están mejor casados a los ojos de Dios que viviendo en pecado mortal? El matrimonio no se divulgará hasta que no vuelvan de Roma y, una vez que su Santidad les perdone, ya sería una rebeldía contra Dios que tú no les perdonases también.

—¡Vaya usted a poner el parte, padre Vigil! No me obligue usted a salir a la calle.

—¿Insistes en llamar a tu tío sabiendo que tu madre se ha puesto ya en gracia de Dios?

—Insisto. Mi madre no está arrepentida, ese matrimonio no será válido mientras el padre santo no lo sancione.

—Pero si eso será pronto.

—Es necesario que le perdone también la muerte de mi padre, que se lo confiese todo, todo. Que haga un examen general de conciencia y que se arrepienta de corazón.

—Por mi parte ya está salvada, hija. Vivía en pecado mortal, la desgracia se llevó a tu padre y ahora todo quedó como en los mejores tiempos. Yo, que soy su confesor, estoy satisfecho. Los he casado para quitarme pronto de encima el reconcomio. Y lo que ella decía con razón: «si en caliente no recibimos las bendiciones, quizás después se arrepienta Jorge, hasta hoy le duró el amor agujoneado por los celos que produce el poseedor legítimo, pero mañana, ¿quién sabe mañana?». Bien sabe Dios, hija mía, que me duele en el alma hablarte de estas cosas. Hace un año apenas que saliste del convento y harto pronto has tenido que entrar en las miserias de este mundo cochino; pero Dios nuestro señor lo dispuso así, y cuando el que todo lo puede hace las cosas, por algo las hace. Acatemos su voluntad divina.

—Sí, acatémosla, pero vaya usted a poner el parte a mi tío León.

No había más remedio y el cura obedeció despidiéndose de Cecilia hasta la noche, no sin suplicarle que fuese a las habitaciones de su madre. Ocho días sin verse y sin hablarse viviendo en la misma casa era demasiado para una joven tan religiosa y tan buena.

Después de todo, también ella tenía que arrepentirse de haber calumniado a su madre por la sola suposición del mediquillo. Era verdad que el demonio metiera la pata cuando don Jorge había ido a refugiarse en el palacio de Rengoitia, pero ya estaba todo sancionado con el matrimonio y, después de las bendiciones de la mañana, el diablo andaba cesante: allí ya no tenía qué hacer.

Así pensaba el buen padre.

Cecilia dio algunos paseos por su gabinete cuando se quedó sola. Era este una pieza grande, mezcla de tocador y de oratorio, en donde se veían dibujos de angelitos copiados por ella en el colegio y cuadros antiguos que no carecían de valor artístico representando pasajes de la Biblia: una Magdalena en el momento en que Jesús se le aparece era el lienzo preferido por Cecilia: ¡qué amorosa expresión la de la pecadora arrepentida! ¡Qué dulce fisonomía la del hijo de Dios!

Contempló unos segundos el cuadro. ¡Cuánto hubiese dado por ver a su madre en aquella actitud! ¡Cómo volvería entonces a quererla!

¡Qué vacío, qué desconsuelo, qué pozo sin fondo le había quedado en el corazón desde la muerte de su padre! Nadie la quería, nadie se interesaba por ella. Ramona... también la molestaba, su aya. Se había permitido reñirle por su conducta extraña, por su desamor a la marquesa. ¡Oh, como ella no había oído

al doctor...! ¡Que había mentido por antipatía política, por odio de raza, decía el padre Vigil! No, ella también lo aseguraba, pues que, ¿no había visto morir a su padre en pocos minutos, sufriendo horribles dolores y pasando las penas del infierno? ¿No había sentido los estremecimientos y visto las muecas repulsivas y el sudor frío y las manos contraídas? Aquel cuadro de sufrimiento no podría borrarse jamás de su memoria. No; ella no podía continuar allí, se marcharía, pediría consejo a su tío: era un liberal pero buen cristiano y muy religioso.

Haría lo que él le mandase, pero no le diría jamás, no se lo diría, lo del envenenamiento.

¡Quién sabía el efecto que tal noticia pudiera producir al caballeroso hermano de su padre!

El general Rengoitia quería mucho al difunto, bien se veía en las aflicciones de aquella carta.

En uno de sus paseos detúvose Cecilia delante de un ancho balcón que caía a la huerta del palacio. Distraída, fijó los ojos en las nubes que coronaban una montaña vecina, tras cuyo picacho acababa el sol de ocultarse, dejando en el firmamento el rastro de mirajes¹ color de fuego. El espectáculo celeste arrobó por un instante el alma de la joven marquesa, transportándola adonde, según sus creencias, había miríadas de angelitos gordos y mofletudos, de sonrosadas carnes, de guedejas de oro y de ojos como limpiísimas turquesas.

¡Allí, allí, sobre aquel cielo escarlata, estaría su padre, a la diestra del eterno recogiendo el premio de sus virtudes! ¡Oh! ¡Si fuese posible mandar fabricar una escalera de miles de peldaños para apoyarla en la montaña y subir hasta rasgar el inmenso lienzo que

1. Espejismos creados en el cielo por la reflectancia de los rayos solares.

ocultaba las bellezas del paraíso! ¡Oh! ¡Si ella pudiese volar, volar, como volaba la fantasía!

Cecilia de Rengoitia sintió por vez primera un raudal de poesía bajar del cerebro al corazón y subir del corazón al cerebro atropelladamente. Su escasísima cultura literaria no le permitía trasladar al papel aquellos sueños de capullo recién abierto, ¡pero qué sublimes pensamientos perdía la forma poética!

La nube roja iba desvaneciéndose lentamente, dejando el rastro de otra más diáfana, de un rosado subido en la cual creyó Cecilia distinguir una senda que, a galope, recorrían dos personas a caballo. Eran un hombre y una mujer. ¡Qué bien formados! ¡Qué esbeltos!

El pensamiento de la joven dibujó los rostros de los jinetes, iluminándolos con el reflejo de la enrojecida fragua en donde se forjaban sus ideas aquella tarde, y de las celdillas de su volcánica masa cerebral saltaban, a modo de chispas, las ideas espiritualizadas por la nostalgia de lo infinito.

Un estremecimiento ligero la hizo bajar de las alturas, donde la fantasía pagana en contubernio posible con la idealidad religiosa la había remontado.

Crejera ver el rostro del doctor Vidaurre muy cerca del suyo, y aquel espejismo tenía que ser obra de Satanás.

No pudo resistir, sin embargo, a la tentación de volver a mirar después de haber apartado la vista, pero la nube se había esparcido y apenas quedaban algunos jirones dispersos acabando de trasponer la montaña.

Como si la desaparición del color brillante hubiese dejado un rastro de tristeza, la mente de Cecilia volvió a nublarse.

Aquellas nubes plumizas no le infundían pensamientos poéticos.

Paseó la vista por la huerta, vagamente primero, con tranquila calma después y, deteniéndose fieramente en un punto dado, se apartó del balcón cubriéndose la cara con las manos.

—¡Su esposo! ¡Es su esposo! Ya se acarician a la luz del día, sin temor de que los vean. ¡Padre mío! ¡Padre! ¿Por qué no me llevas a tu lado?

Cecilia cayó de hinojos en un reclinatorio que, delante de artístico altarito, tenía a los pies de su cama. En el altar, alumbrado por preciosa lámpara de aceite, había un Cristo de madera tallada cuya procedencia debía remontarse a los tiempos en que los conventos guardaban artistas admirables, ocultos bajo el burdo sayal, estimulados en sus energías artísticas por la abstinencia y el cilicio.

La joven rezó. Rezó mucho elevando al Nazareno sus ojos enrojecidos por lágrimas rebeldes, que, después de asomarse candentes a los párpados, volvían adentro como si el corazón las reclamase para gozar en su propio martirio.

El padre Vigil regresó para sacarla de su oración y para enseñarle el recibo que le habían dado en la estación telegráfica.

—Por diez céntimos no quiero que quedes con la duda de si he puesto o no he puesto el parte. ¡Mastuerzo! Pero te advierto que ya le he dicho a la señora marquesa que has llamado a tu tío. Dice que se alegra, que puedes hacer tu voluntad, que no piensa oponerse a tus deseos para que se vea cuál obra mejor: si la hija desnaturalizada o la madre digna.

—¡Bien, bien! Otro día hablaremos de esto.

—Hija mía, yo te desconozco y voy a tener que reprocharme por no saber guiarte siendo, como soy, el director de tu conciencia: ¿Tú sabes, Cilín, lo que es

desobedecer al confesor? No te lo digo para asustarte, pero vives en pecado mortal.

—Perdón, perdón, padre Vigil. Me confesaré mañana, comulgaré, sí, haré lo que usted me ordene. Pero déjeme usted hoy, déjeme usted. Necesito hacer examen de conciencia.

—Ven conmigo a ver a la marquesa, ven a pedirle perdón: acuérdate que ella ya está en gracia de Dios desde esta mañana y que tú no lo estás hasta que te perdone el haberla calumniado.

—Yo no...

—Tú no, ya lo sabemos, pero por lo que dijo ese maldito a quien Dios confunda.

Cecilia se estremeció. El padre cura maldecía al doctor, y aquella maldición le parecía tener en el cielo más poder que las oraciones con que ella pidiese por la conversión de su alma.

—Bien, padre, bien. Mañana por la mañana puede usted venir a confesarme a la capilla. Tomaré la comunión cuando el capellán diga la misa de san Gregorio. Ahora quiero rezar, rezar mucho, para que Dios ahuyente de mí el enorme pecado de odiar a mi madre, y para que nos dé una prueba de su clemencia perdonando sus gravísimos delitos.